



Brasil 2022

**REFLEXIONES SOBRE LOS
RETOS DE UN AÑO ELECTORAL**

**FUNDAÇÃO
ROSA
LUXEMBURGO**
BRASIL E PARAGUAI



Brasil 2022

REFLEXIONES SOBRE LOS RETOS DE UN AÑO ELECTORAL

INTRODUCCIÓN

Las elecciones de este año en Brasil van a marcar una decisión importante sobre el rumbo del país. ¿Se votará otra vez por Bolsonaro y así se confirma su política de desmantelamiento de los derechos sociales y democráticos? Frente a esto, podría prevalecer una alternativa por despejar el camino para un nuevo proyecto político en Brasil que también vuelva a poner en el centro los derechos de los socialmente débiles y oprimidos. El expresidente Lula da Silva lidera en las encuestas y se supone que habrá un segundo turno entre

él y Bolsonaro. La decisión electoral en el país más grande del continente tendrá repercusiones políticas en toda América Latina, por lo que la oficina de la Fundación Rosa Luxemburgo en São Paulo publica este pequeño folleto en español.

Hemos pedido a tres especialistas que nos resuman la situación actual en su campo especial pocos meses antes de la primera ronda de elecciones (prevista para el 2 de octubre de 2022). En los últimos años ha existido una gran resistencia al giro político hacia la derecha y al creciente autoritarismo por parte de los diputados de los partidos de izquierda y socialistas, muchos de los cuales son mujeres negras y/o representantes de la comunidad LGTBI. La escritora y activista negra Bianca Santana informa sobre esta resistencia, y señala que sería un error fatal confiar sólo en las campañas electorales y descuidar la movilización del movimiento en las calles.

El experto en comunicación João Brant explica la relación entre el ascenso de la extrema derecha y las fakenews en muchos países del mundo. Utiliza el ejemplo de Brasil para mostrar los peligros para la democracia que entraña esta evolución.

Otra amenaza para la democracia brasileña ha sido debatida como ningún otro tema en las últimas semanas: **¿Podrían los militares dar un golpe de estado en caso de una derrota electoral del actual presidente?** En varios pronunciamientos públicos Bolsonaro ha sembrado dudas sobre el reconocimiento de una eventual derrota en las urnas. Rodrigo Lentz, de la Universidad de Brasilia, examina el papel de los militares en la política brasileña y muestra que las fuerzas armadas tienen su propio proyecto político. La creciente influencia militar, tanto en la política como en cuestiones sociales o económicas, es motivo de preocupación en una sociedad democrática.

Torge Loeding y Andreas Behn, Fundación Rosa Luxemburgo Brasil y Paraguay

1. LOS MOVIMIENTOS Y LA POLÍTICA: SIN CALLE NO HAY COMO GARANTIZAR LA URNA

BIANCA SANTANA*

*Bianca Santana es activista del movimiento negro brasileño. Periodista, maestra en educación y doctora en ciencia de la información por la Universidad de São Paulo. Autora de "Continuo preta: a vida de Sueli Carneiro" (2021) e "Quando me descobri negra" (2015). Organizó la antología "Vozes Insurgentes de Mulheres Negras: do século XVIII à primeira década do século XXI" (2019), publicado por Mazza Edições y la Fundação Rosa Luxemburgo.

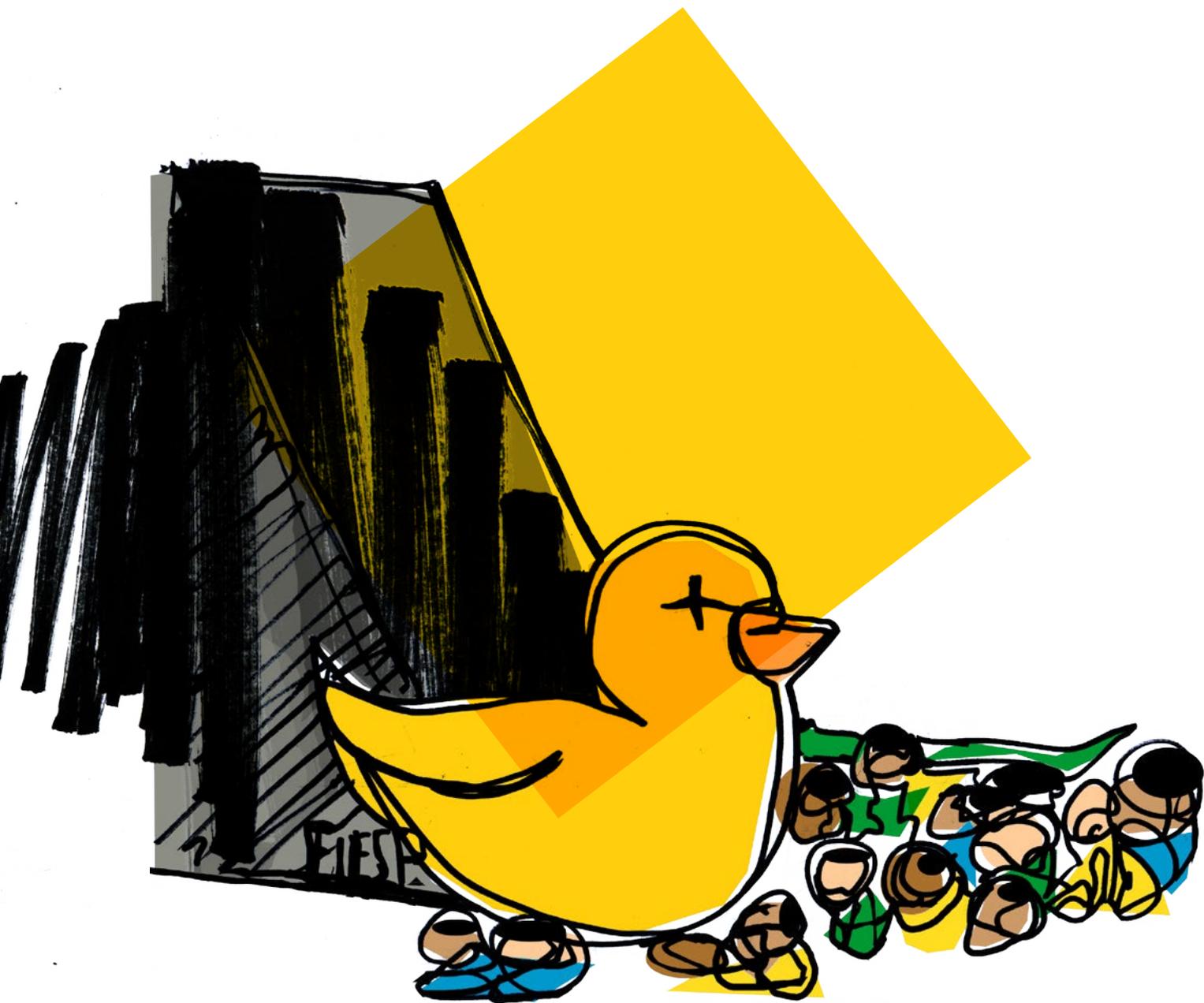
En 2013 estuvimos en las calles. En aquel año, el Movimiento Passe-Livre (MPL), articulado desde 2005, convocó a manifestaciones masivas contra el aumento del precio del transporte público en diferentes municipios y estados brasileños. La brutal violencia policial, movilizada a cada acto para reprimir a los manifestantes, tenía el efecto de doblar el tamaño de la protesta siguiente. Y de la tarifa, la demanda fue ampliada a una mayor transparencia en el sector de transporte; después, para la revisión de los lucros de las empresas. "Mañana va a ser mayor" es el grito que sonaba más alto y en cada acto, no era un bluf. Retrataba la toma de consciencia de la necesidad de ocupar las calles. No era por 20 centavos de aumento del pasaje, era por derechos.

Pero el deseo de participación y de acción política directa de millares de brasileños fue interpretado como traición por los partidos de izquierda, que de esta vez no estaban delante de las protestas.



Al mismo tiempo, la derecha, acostumbrada a apropiarse de cualquier cosa en beneficio propio, fue habilidosa en percibir la fuerza de las calles y direccionar la agenda política por el vacío discurso de enfrentamiento a la corrupción.

Rápidamente, los gritos de “sin bandera” (rechazo a las instituciones), declaraciones en la prensa de que las manifestaciones eran partidarias, y la violencia contra personas vestidas de rojo aumentaron en las protestas. Volvimos para casa asustadas, prácticamente pidiendo disculpas al PT, que acusaba a los movimientos de renovación política de la izquierda de que estábamos al servicio de la derecha. Y por W.O. la derecha ganó las calles.



El secuestro de las calles por parte de la derecha también creó una oportunidad para que floreciera con fuerza una serie de descontentos de las élites con los avances, en el gobierno Lula, de los derechos de los sectores más vulnerables, y un odio virulento de clase. Las conquistas del movimiento negro de cuotas raciales para el ingreso a la universidad pública, por ejemplo, o la aprobación de derechos laborales a las empleadas domésticas, sumadas al acceso de la población periférica a los bienes de consumo, irritó a la clase media racista, que se formó históricamente a partir de privilegios y de la exclusión de negros y pobres forjados como “el otro” de la sociedad brasileña. Hija de empleada doméstica en la universidad pública, o pobre andando de avión, no se podía tolerar.

En 2014, tuvo inicio la operación Lava Jato que, hiriendo preceptos de la democracia brasileña, persiguió a personas bajo el pretexto de denuncias de corrupción en el gobierno, lo cual se extendió hasta 2021. El Movimiento Passe-Livre (MPL), que había inaugurado las protestas en las calles por derechos sociales el año anterior, perdió espacio en la escena política y surgió una parodia de derecha, el MBL (Movimiento Brasil Livre), que surfeó en la institucionalidad haciendo el discurso antisistema.

Aun así, a pesar de todos ellos, la presidenta Dilma Rousseff, del Partido dos Trabalhadores y sucesora de Lula, fue reelecta en aquel año. Vencimos en las urnas. Pero como la calle continuaba siendo de ellos, **en 2016 sufrimos un golpe que derribó a Dilma y se profundizó con la prisión de Lula**, la mayor víctima de la operación Lava Jato y de la confabulación de la derecha con los intereses políticos de los militares y de los EUA.

Y hoy, en 2022, estamos una vez más enfocados en las urnas y negligiendo las calles.

Un año después de la victoria de la derecha en las urnas, un nuevo proceso de articulación política empezó a formarse en Brasil: organizaciones, entidades, grupos y colectivos del movimiento negro brasileño crearon la Coalición Negra por Derechos para enfrentar el racismo que, diariamente, condena a muerte a centenas de negras y negros en todo el país. Un levantamiento contra el amplio espectro del odio racial, de género y clase que marca al gobierno Bolsonaro.

He oído de sectores diferentes de la izquierda brasileña que la Coalición Negra por derechos fue el cambio más importante que ocurrió en Brasil en los últimos años. Eso me preocupa. No porque la Coalición sea un problema. Sino porque aún no somos un movimiento de masa y porque estamos, infelizmente, lejos de eso.



En 2019, los movimientos negros se unieron para incidir en la política nacional e internacional y resistir, por medios burocráticos, a los desmanes de un gobierno autoritario. Interrumpimos los intentos de retroceso en las políticas afirmativas de ingreso de personas negras a las universidades públicas; seguimos de cerca las investigaciones del asesinato de la concejala negra Marielle Franco en 2018 (asesinada por milicianos en Rio de Janeiro), apoyamos a las comunidades quilombolas de Maranhão en la defensa de su territorio, que es codiciado por militares brasileños y norteamericanos para la construcción de bases de lanzamiento de cohetes. Y, más importante que todo eso, dimos un salto organizativo hacia dentro.

Actualmente somos más de 230 grupos negros en todo el país, trabajando por la construcción de una agenda política de defensa de los derechos y del enfrentamiento al neoliberalismo.

Articulamos la campaña "Hay gente con hambre" que, a partir de la distribución de comida en



la emergencia de la pandemia del Covid 19, promovió educación política en territorios negros y periféricos esparcidos en todos los estados brasileños. Nos reunimos semanalmente para debatir la coyuntura y tomar decisiones colectivamente. Y convocamos a actos no apenas contra Bolsonaro, sino también para denunciar e interrumpir el genocidio negro en el país.

Y, aunque reconozca los avances, afirmo que todavía es poco. Que solo tendremos la oportunidad real de disputar una sociedad justa e igualitaria, libre de racismo y machismo, promotora del bien vivir, cuando seamos un movimiento negro de masas.

Entonces me pregunto sobre 2022. Sin dudas, elegir personas negras es importante. ¿Pero ese debe ser nuestro enfoque prioritario? ¿Cuánto cada mandato ligado al movimiento negro acumula para el movimiento en general, y para la necesaria transformación de la realidad social del país?

En marzo de este año estuve en una comitiva de organizaciones que componen

la Coalición en Colombia y en Chile. Testimoniamos la recta final de la campaña a las previas de Francia Márquez, antes de que ella obtuviera el 15% del total de votos para presidente en el país, y también la toma de posesión de Gabriel Boric en Chile, precedida por el acto del 8 de marzo en las calles de Santiago. Estar en medio de más de 350 mil mujeres ocupando las calles me hizo recordar las manifestaciones de junio de 2013 en Brasil, y ofreció respuestas de por qué el gobierno chileno se puede declarar feminista.

Aún con todas las dificultades, las huelgas y manifestaciones en las calles de Colombia, las ocupaciones de escuelas, huelgas y paseatas en Chile fueron fundamentales para disputar la sociedad y obtener resultados electorales. Y la ampliación de las calles puede garantizar gobiernos de izquierda que abrirán caminos para América Latina.

Aquí en Brasil, además de derrotar a Bolsonaro en las urnas, al elegir Lula (el candidato del PT está en primer lugar en los sondeos de intención de votos), necesitamos sustentar el resultado electoral y ampliar nuestra agenda política a toda la población. **¿Cómo la Coalición Negra por Derechos puede expandir su actuación territorial? ¿Cómo retomar el aumento del número de escuelas ocupadas por los estudiantes de secundaria en 2015? ¿Cómo apoyar al Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) en el enfrentamiento al agronegocio, que mata trabajadoras y trabajadores rurales todos los días? ¿Cómo garantizar la posesión de tierras y el fortalecimiento de las comunidades, niñas y mujeres indígenas, y percibir en los pueblos originarios la sabiduría política fundamental para que la vida de la humanidad aún sea viable en la Tierra?**

El discurso de renovación política se transformó hasta en nombre de partido en Brasil, el Partido Novo, que se dice nuevo al reproducir viejas prácticas. El propio presidente

miliciano Bolsonaro, que fue diputado durante 30 años, discursa contra la vieja política y se pone como alternativa.

¿Cómo entramos en el juego para disputar, de verdad, el corazón del pueblo?

La confianza que todas tenemos en Lula es insuficiente para garantizar la retomada del país. Necesitamos elegir a Lula y necesitamos más.

Desenterrar los fantasmas de 2013 puede ayudarnos a comprender la necesidad de apertura hacia una nueva cultura política – más participativa, más feminista, más negra, más indígena, más al día con las posibilidades de comunicación en red, en conexión verdadera con la demanda por autenticidad en la política. El lema de la campaña de Francia Márquez, **“Mujeres negras, de la resistencia al poder, hasta que la dignidad sea costumbre”**, nos recuerda cómo el acúmulo de los movimientos de mujeres negras que influenció toda América Latina abrió las posibilidades de análisis y transformación del mundo. Las mujeres que resisten al machismo y al racismo son las que cuidan de las personas, de las aguas, del suelo, y necesitan estar en el poder. No para que inviertan su posición en una lógica de desigualdad y pasen a ocupar la cumbre, sino para que contribuyan a la promoción de la igualdad, justicia y derechos para todo el mundo. **Esa era la agenda política de Marielle Franco al ser asesinada con cuatro tiros en la cara en marzo de 2018.**

Cuatro años después, no saber todavía quien mandó a matar a Marielle nos muestra cómo la verdad y la justicia sobre el asesinato de una parlamentaria negra no es prioridad en Brasil.

Ni para el gobierno miliciano cercano a los acusados de la ejecución del crimen, ni para la izquierda que dice querer derribar a Bolsonaro, pero que ignora el tema que más desestabiliza al presidente y sus hijos. **¿Quién mandó a matar a Marielle, al final?**

2. LAS *FAKE NEWS* Y LA DEGRADACIÓN DE LA DEMOCRACIA BRASILEÑA

CÓMO LOS CAMBIOS EN EL AMBIENTE INFORMACIONAL HAN IMPACTADO A LA DEMOCRACIA EN BRASIL



JOÃO BRANT*

*João Brant es investigador y consultor en políticas de comunicación, Internet y cultura. Ha prestado servicios de consultoría a la UNESCO, Fundación Ford, Global Partners, OBSERVACOM, entre otros. Brant fue secretario ejecutivo del Ministerio de Cultura en Brasil de 2015 a 2016. Es doctor en Ciencia Política por la Universidad de São Paulo, con maestría en Regulación y Políticas de Comunicación por la London School of Economics. Actualmente, Brant es director del Instituto Cultura y Democracia, y coordina el proyecto desinformante.

De 2013 a la fecha, fake new se ha convertido expresión corriente y omnipresente, la extrema derecha ganó voz, y ocupó espacios políticos relevantes en varias partes del mundo. Los dos hechos están correlacionados, pero la relación de causalidad no está bien definida. Los ejemplos de las elecciones de Trump, Duarte y Bolsonaro, así como el resurgimiento de la AFD en Alemania, o el crecimiento de Le Pen en Francia parecen ser frutos de un cambio cultural multicausal.

Aunque la agudización de la crisis del capitalismo pos-2008 sea esencial como elemento explicativo del crecimiento de la extrema derecha, es necesario comprender cómo los cambios en el



ambiente informacional causados por el crecimiento de las redes sociales y por modelos de negocio basados en la hiperexplotación de los datos personales tuvieron impacto sobre la democracia y ampliaron el espacio del populismo de derecha. Parte de ese fenómeno es global, pero parte de él depende de las condiciones de cada país.

En Brasil, el volumen y la gravedad de la desinformación han tenido impactos dramáticos en la democracia. La tempestad perfecta generada por alianzas de sectores conservadores e instituciones liberales, como los medios de comunicación y el poder judicial, contra los gobiernos progresistas de Lula y Dilma fue forjada en un ambiente informacional fragmentado y “enterrado” en aplicativos de mensajes opacos. **¿Pero, al final, cuál fue el impacto del uso intenso de *fake news* por la extrema derecha en Brasil?**

LOS CAMBIOS GLOBALES Y LAS PARTICULARIDADES BRASILEÑAS

La década de 2010 vivió una serie de cambios en la organización del ambiente informacional. De un lado, la ampliación del uso de los smart phones popularizó el uso de las redes sociales. Al mismo tiempo, esas mismas redes hicieron, a partir de 2009, cambios significativos en la arquitectura y en los algoritmos que exacerbaban la disputa por la atención del usuario. Ellas adoptan cada vez más mecanismos para generar “circuitos de feedback de validación social” basados en pequeñas “inyecciones de dopamina” como ha dicho Sean Parker, primer presidente de Facebook.

La consecuencia de ese experimento behaviorista a largo plazo, del cual somos todos participantes, es que fueron alterados los mecanismos de organización del debate público y de circulación de la información. Los preceptos del periodismo profesional hecho por un número limitado de vehículos fueron sustituidos por otros, propios de la economía de la atención. La selección de informaciones con base en el interés público fue sustituida por la tracción de contenidos con base en avales personales y sociales. La propuesta de una agenda pública común fue sustituida, definitivamente, por ambientes fragmentados y segmentados. La credibilidad histórica de las fuentes de información fue diluida y sustituida por la capacidad de títulos fáciles que exploten el tipo de confirmación de los usuarios.

Esos factores se han manifestado como incentivos sistémicos para la desinformación, debido a la manera como las propias plataformas digitales “premián” discursos que generan mayor participación (y lucran con ellos) y por la dificultad de establecer contrapuntos, así como responsabilidad legal, por la difusión de informaciones falsas que afectan los derechos individuales o colectivos.

En Brasil, esa situación se vio empeorada por el uso intenso de las aplicaciones de mensajería instantánea, que combinan modalidades de comunicación interpersonal con comunicación viral de masas. Debido a su arquitectura, tanto como a la falta de regulación, la diseminación viral de mensajeros privados no expone al autor responsabilizarse –moral y legalmente– por los contenidos publicados. Eso afecta la recepción de los mensajes, genera un incentivo a los rumores y a la desinformación, al tiempo que, en caso de mensajes ilícitos, impide la responsabilización.

Aquí, todos esos cambios se dieron en medio a un momento de crisis política causada por la combinación de la operación lava-jato con efectos de crisis económica, y movilizaciones de derecha y de sectores de centro contra el gobierno del Partido dos Trabalhadores (PT), después de su cuarta victoria consecutiva en las elecciones presidenciales, en 2014. El caldo de ese proceso alimentó un sentimiento anti-política y antisistema que abrió espacio para el crecimiento de una candidatura como la de Bolsonaro.

LAS *FAKE NEWS* COMO ESTRATEGIA POLÍTICA SISTEMÁTICA

En aquel contexto político, Bolsonaro y su grupo político supieron aprovechar bien el nuevo ambiente informacional, especialmente por el hecho de que las redes cerradas tengan “afinidades electivas” con el populismo de derecha. Como apunta la antropóloga Letícia Cesarino, el ambiente de grupos cerrados está marcado por el ritmo intensivo, la confianza basada en relaciones personales, la fusión de contextos personales, sociales y profesionales, y el aislamiento de lo contradictorio.



El resultado fue la creación de una enorme red cerrada de comunicación, que combina acción profesional, con mucho dinero involucrado, y orgánica, y que generó realidades segmentadas paralelas, cuyo conjunto completo no puede ser mapeado.

Aunque la real dimensión del problema sea invisible, la parte expuesta ya se ajusta. Como ha mostrado un material de la Agencia Pública a partir de la investigación de la Universidad Federal de Minas Gerais (UFMG) y de la Universidad de São Paulo (USP), siete de las diez imágenes más compartidas en grupos de WhatsApp en los primeros tres meses de la pandemia eran falsas, y 60% relacionaban el covid-19 a una conspiración china.

En ese sentido, la Comissão Parlamentar de Inquérito (CPI) sobre las acciones y omisiones del gobierno federal en la pandemia en Brasil mapeó la existencia de una organización compleja de creación, divulgación y financiamiento de *fake news*, con consecuencias trágicas. A pesar del claro diagnóstico, debido a la falta de legislación específica, lo máximo que la CPI pudo hacer fue enmarcar las situaciones como siendo de “incitación al crimen de incumplimiento de norma sanitaria”, sin consecuencia, hasta ahora, para los responsables.

Así como en otras partes del mundo, la desinformación en Brasil es una operación multiplataforma, que combina redes abiertas y cerradas, en operaciones complejas de creación de oleadas nuevas y recalentamiento de mentiras viejas. En este contexto, el uso de noticias falsas y engañosas en gran volumen y alta frecuencia se convierte en una estrategia política para tratar de minar la credibilidad de los adversarios políticos y mellar la confianza en las instituciones democráticas y en el sistema electoral.

¿SIN SALIDA?

Tal vez lo que sea diferente en Brasil con relación a otros países de América Latina es que la tempestad perfecta que llevó a Bolsonaro al poder en 2018 dejó como legado una red extremadamente estructurada de comunicación subterránea (por aplicaciones de mensajería) que sigue siendo alimentada diariamente por noticias falsas y engañosas. Las evidencias anecdóticas a partir de cualquier conversación familiar muestran cómo parte de la población vive en una realidad alimentada, sobre todo, por noticias falsas y engañosas esparcidas por el campo bolsonarista.

Al no explorar las características nocivas de la arquitectura de las redes sociales, el campo progresista queda en clara desventaja ante el populismo de derecha. En el actual escenario, los resultados positivos del campo progresista en las redes dependen de la adhesión de figuras prominentes e influenciadores, cuando asumen pautas relevantes y las llevan más allá de las burbujas tradicionales de la izquierda.

Una sociedad democrática no puede naturalizar el hecho de que una parte significativa de las informaciones consumidas por la población sea falsa o engañosa. Eso afecta directamente la dimensión colectiva del derecho a la libertad de expresión y el acceso a la información, que se materializa en una sociedad bien informada para la toma de decisiones.

El enfrentamiento de este problema depende de una estrategia multifacética, que combina cambios regulatorios, investigaciones judiciales, monitoreo y chequeo de hechos, y educación mediática. En última instancia, sería necesario revertir el modelo de negocios basado en la economía de la atención alimentada por datos personales. Para que no suene ingenua, esa pretensión necesitaría concretizarse en una agenda política global.



3. EL MILITARISMO EN LA POLÍTICA BRASILEÑA

RODRIGO LENTZ*

* Rodrigo Lenz es profesor de ciencia política de la Universidad de Brasilia, investigador del Observatorio sobre Defensa y Soberanía del Instituto Tricontinental y autor del libro "República de Segurança Nacional: militares e política no Brasil" (2022).

Desde junio de 2013, con la irrupción compleja y multifacética de la crisis del orden liberal que ya asolaba otros sistemas políticos, Brasil acumula episodios que ponen en jaque la propia supervivencia de una democracia competitiva. No obstante, fue a partir de la alegación de fraude en las elecciones

presidenciales de 2014 protagonizada por la fórmula electoral del candidato Aécio Neves (PSDB) –hecho inédito desde la constitución de 1988 – que el espectro del Golpe de Estado se extendió hasta el vocabulario público cotidiano.

De allá para acá, una amplia campaña de fracciones de las élites políticas y económicas, con participación decisiva de la burocracia judicial apoyada por los EUA¹, resultó, en 2016, en la deposición de la presidente Dilma Rousseff (PT) por vía parlamentaria. El gobierno sucesorio se formó en una alianza entre el entonces vicepresidente Michel Temer (PMDB), la fórmula electoral derrotada en 2014 e un nuevo actor, hasta entonces discreto en la crisis política: la burocracia militar. Liderados por generales en ejercicio, el Ejército ofreció sustentación política al gobierno transitorio, promoviendo reformas para debilitar las organizaciones sindicales y fortalecer el aparato militar de inteligencia política. En alianza con oligarquías nacionales y los EUA, coordinó el proceso sucesorio en 2018 imponiendo una condición: el expresidente Lula (PT), entonces líder en las intenciones de voto para presidente debería ser excluido del proceso electoral y ser preso.

A pesar de las resistencias, de hecho, el expresidente fue preso e impedido de ser votado. Cuando se abría camino para la ascensión al poder del grupo civil derrotado en 2014, el país vivió una elección atípica debido al uso profesional de la desinformación masiva, y que tuvo como resultado la elección sorprendente de un capitán y de un general del Ejército para la presidencia de

1La “cooperación” ilegal entre procuradores brasileños y el Departamento de Justicia de los EUA (DOJ) fue revelada en la serie de reportajes “VazaJato”, liderados por el periodista Glenn Greenwald: <https://theintercept.com/2020/03/12/lava-jato-driblou-governo-ajudar-americanos-doj/>

En marzo de 2022, una decisión definitiva del Superior Tribunal de Justicia brasileño ordenó que el Ministerio Público Federal revele si hubo acuerdo formal y, de existir, que suministre los documentos relativos a las investigaciones contra el expresidente Lula: <https://www.stj.jus.br/sites/porta/p/Paginas/Comunicacao/Noticias/11032022-STJ-confirma-ordem-para-Ministerio-da-Justica-informar-defesa-de-Lula-sobre-cooperacao-com-EUA-na-Lava-Jato.aspx>

la república. A partir de entonces, el país asistió perplejo a una ocupación creciente de los militares en la dirección del poder político, de las empresas públicas, y una permanente desestabilización de las instituciones de la democracia liberal-pluralista. Además de eso, una agresiva política de armamento de la población civil que apoya al gobierno, anclada en el discurso de “defensa de la libertad” en caso de una “guerra civil”.

Hoy, la amenaza de un Golpe de Estado, liderado por militares que ocupan la presidencia de la república, y apoyado por sectores civiles de la derecha parlamentaria, es el tema central de las élites nacionales.

Desde 2019, generales, tenientes-coroneles, y coroneles que ocupaban altos cargos ejecutivos usan la burocracia civil y militar para desacreditar el proceso electoral, sobre todo la urna electrónica, como forma preventiva de una derrota probable al sufragio universal y popular. Para eso, además de indecorosas ventajas pecuniarias individuales, han potenciado la politización de las Fuerzas Armadas a través de la ampliación de privilegios, de poderes organizacionales y recuperación de la participación militar en la disputa del poder. Y, con eso, reintroduciendo una constante histórica de los militares en la política: la coerción como moneda política y la izquierda como enemigo común.

En una dimensión política, la postura del poder judicial de oposición a un golpe de estado protagonizado por el actual gobierno está clara. La crisis entre los poderes ejecutivo y judicial, fabricada por los generales en la presidencia y potenciada por errores tácticos de líderes togados, ha sido la tónica de los últimos años. Nuevamente, así como en 2016, es el poder legislativo el que tiende a ser el fiel de la balanza en el piso de arriba.

Comandada por la derecha tradicional que integra la base aliada del gobierno, la Cámara de Diputados tiene un comportamiento dudoso, pero contrario al

golpe. Aquí, la gran cuestión es si irá a capitular cuando el resultado electoral sea cuestionado, con vistas a la creación de un impasse institucional. La hipótesis del “semipresidencialismo” ya está siendo gestada, en salida semejante al golpe parlamentarista de 1961: con la oposición pública de los ministros del Ejército, la Marina y la Aeronáutica en la investidura del presidente, aunque con poderes drásticamente reducidos por la institución artificial del parlamentarismo²

En la esfera militar del poder, se debe reconocer una gran cohesión ideológica entre los líderes militares del gobierno y la cultura política militar. Además de eso, a pesar de los costos de imagen, son evidentes las entregas de poder a la institución militar, sobre todo al oficialato, así como las ventajas y “oportunidades” económicas particulares.

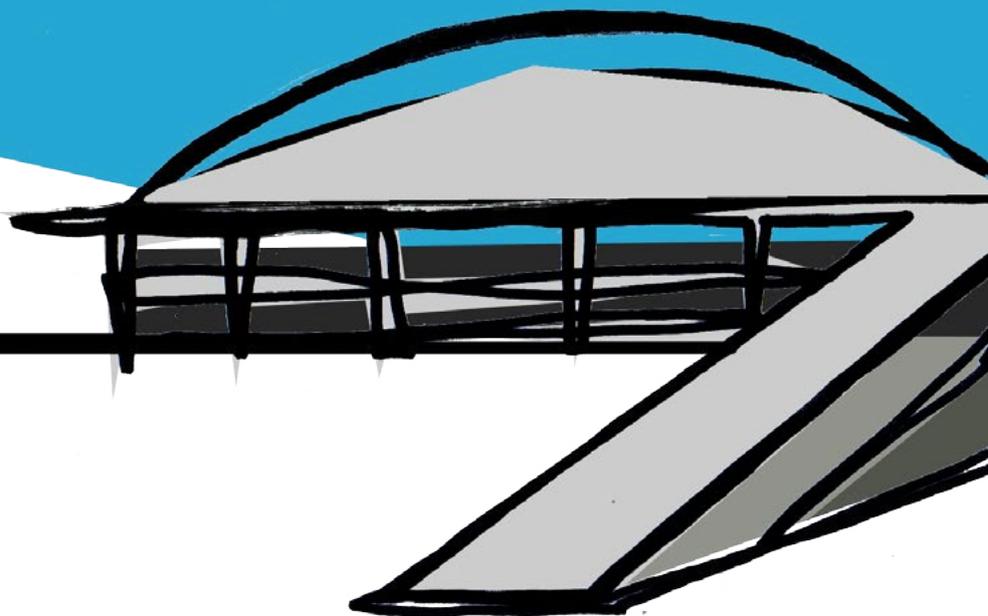
Sin embargo, eso será insuficiente para garantizar la adhesión de la organización militar a un golpe clásico, algo improbable. Además, hay un significativo contingente de oficiales de las tres Fuerzas que abogan por una postura “profesional” y “apolítica” de la institución, descontentos con el actual gobierno. Ya los militares de alcance estadual (policía militar), subordinados al Ejército, pueden asumir regionalmente un papel agitador, caso reciban el aval disciplinar. Por tanto, los militares tienden a mantener la coerción como moneda política, con vistas a preservar el poder conquistado, pero seguirán limitados a las amenazas en caso de aislamiento político. Este será el gran dique, caso sea sustentando por movilización popular aún ausente de las calles.

En cuanto al poder económico, es razonable identificar cierta contrariedad respecto al movimiento contestatario del proceso electoral. Aunque diversos empresarios ligados al gobierno y a la política económica neoliberal se mantengan, ha aumentado la creencia de la élite financiera e industrial en la incapacidad militar para dirigir políticamente una recuperación económica, frente a la explosión de la pobreza y a la mayor inflación del siglo.

² Conferir: LENTZ, Rodrigo. República de Segurança Nacional: militares e política no Brasil. 1 edição. São Paulo: Expressão Popular/ Fundação Rosa Luxemburgo, 2022, pp.127-130.

Por fin, será en el aspecto científico-tecnológico y cultural de las relaciones de poder que una literal “guerra informacional” se desdobra: espionaje, sabotaje, deslegitimación de las instituciones electorales, desmoralización de los líderes y grupos, y apuesta por el conflicto violento -aunque psicológico- tienden a ser armas militares para alterar el desfavorable ambiente interno y externo. Una vez consideradas las demás dimensiones, se podría apuntar dicho aspecto como el principal “teatro de guerra” en las elecciones de 2022.

En este escenario, la única certeza es la incertidumbre de lo que vendrá. Además del nuevo desafío de preservar la lisura del actual proceso electoral, ya amenazado debido a las investidas militares desestabilizantes, la sociedad democrática y sus organizaciones movilizadas tendrán como desafíos la garantía de la toma de posesión de la candidatura electa, así como la promoción de las condiciones políticas para el ejercicio gubernamental. Para, solamente entonces, desarmar los profundos mecanismos militares de politización que alimentan la creciente militarización política. Y con eso, sin organización, educación y movilización popular, será apenas un horizonte deseable, aunque inalcanzable.







Subsidio producido por la oficina Brasil y Paraguay de la Fundación Rosa Luxemburgo

Director: Torge Loeding

Coordinación editorial: Torge Loeding y equipo FRL

Traducción: Idalia Morejon Arnaiz

Proyecto gráfico y ilustraciones: Dedê Paiva



Rua Ferreira de Araújo, 36

CEP 05428-000 São Paulo (SP) Brasil

<https://rosalux.org.br/>

São Paulo, junio de 2022

Esta publicación fue financiada por la Fundación Rosa Luxemburgo con fondos del Ministerio Federal de Cooperación Económica y Desarrollo de Alemania (BMZ)